



## La matanza del 17 de octubre de 1931

» QUEMAR LA PARROQUIA DETERMINÓ LA SUERTE DEL AYUNTAMIENTO



**Alfonso Diez García**  
Cronista de Tlapacoyan  
alfonso@codigodiez.mx

Fue tal la persecución religiosa en Veracruz por parte del gobierno del estado, que el 8 de octubre de 1931 el Consejo Municipal de Tlapacoyan ordenó que la Parroquia de la Asunción fuera incendiada. La policía municipal y otros empleados del ayuntamiento procedieron a desalojar el templo y quemaron todo lo que pudieran, comenzando por las imágenes de santos y vírgenes que adornaban las paredes de la iglesia.

Las misas en el interior del templo estaban prohibidas y para realizarlas había que utilizar casas particulares. El padre Francisco Ramos tenía que entrar



**ASÍ LUCÍA LA PARROQUIA** de la Asunción en 1931, sin la segunda torre.

disfrazado de obrero o de carpintero, fingiendo que iba a realizar un trabajo de este tipo y una vez en el interior de la vivienda se ponía su ropa de sacerdote para oficiar.

El gobernador Adalberto Tejeda, siempre en conflicto con la población para la cual "gobernaba", formó una especie de grupos de guerrilla campesina que enfrentaba a los hacendados que no eran sus amigos y estableció que sólo iba a permitir en el estado un sacerdote por cada cien mil habitantes. Obedecer esa instrucción de la noche a la mañana costaba mucho trabajo, tanto a la grey católica como a los ministros eclesiásticos. En 1931, Tlapacoyan tenía casi ocho mil, por lo que no tenía derecho a tener su propio presbítero. En el estado había casi un millón cuatrocientos mil habitantes, así que Tejeda sólo permitía la existencia de 14 sacerdotes en el estado y, en consecuencia, expulsó a los demás.

El mismo obispo de Veracruz, Rafael Guízar y Valencia, sufrió en carne propia la persecución con saña del gobernador Tejeda. Al terminar la Guerra Cristera hubo un breve respiro que le permitió al obispo visitar las iglesias del estado. Fue así que al comenzar la década de 1930 estuvo en Tlapacoyan y en la hacienda El Jobo, el relato correspondiente se publicó en estas crónicas el 3 de febrero de este año.

Hubo testimonios escritos de lo que sucedió ese 8 de octubre en Tlapacoyan y de los sucesos posteriores, que culminaron a los nueve días de este acontecimiento, el 17 de octubre de 1931, con la ejecución, por parte de algunos pobladores, de los integrantes del Consejo Municipal que habían ordenado el incendio de la parroquia.

Teodoro Flores Cortez escribió el suyo el 5 de julio de 1990, cuando estaba próximo a cumplir 71 años de edad (nació en 1919) y fue publicado, tras la edición correspondiente, en el libro Tlapacoyan, de Alba Marín. El trabajo completo está en manos de este cronista y más adelante tomaremos algunos párrafos del mismo, así como de otros testigos de lo que sucedió esos días.

El Presidente de la República era Pascual Ortiz

Rubio, quien se plegaba a las órdenes del Caudillo, Plutarco Elías Calles. En Tlapacoyan, acababa de dejar su encargo como presidente municipal Wolstano Vernet y presidía el ayuntamiento un Consejo integrado por tres individuos que habían sido designados por Adalberto Tejeda: Manuel López del Ángel, Adalberto Rivera y Librado Aguirre.

Curiosamente y sólo para fijar el contexto de la escena mundial, cabe recordar que el mismo día de la ejecución de los que laboraban en el palacio municipal de Tlapacoyan (17 de octubre de 1931) sentenciaron en Estados Unidos al famoso zar del contrabando de alcohol, Al Capone, a 11 años de prisión por evadir impuestos.

Cuatro días después del incendio de la Asunción, el doce de octubre, se inauguró en Brasil la estatua del Cristo Redentor, a la que ahora conocemos como El Corcovado. Un mes antes de esta fecha, por cierto, es la que admite la actriz Silvia Pinal como la de su nacimiento.

### TLAPACOYAN, EL 8 DE OCTUBRE DE 1931

Dice Teodoro Flores que el día que quemaron el templo amaneció oscuro, que el pueblo estaba temeroso de lo que iba a suceder y que "como a las diez de la mañana, desafiando todo peligro, el cura Francisco Ramos hizo su aparición". La quema de imágenes se había realizado en la madrugada de ese día. Añade Teodoro que "Al estar cerrados los templos por orden del gobierno, los curas actuaban en la clandestinidad", "y oficiaban en casas particulares. Yo asistí a una misa en casa de las señoritas González", "el señor cura se hacía pasar por obrero", "tenía una carpintería en la que hoy (1990) es casa de la familia Melgarejo por la calle Hidalgo, esquina con Gutiérrez Zamora".

Era tal el odio a las autoridades municipales que el pueblo les comenzó a decir "Los quemamos santos" y todos sabían que se fraguaba la venganza contra quienes despachaban en palacio.

Teodoro fue testigo de una plática entre el ex presidente Wolstano Vernet y uno de los integrantes del Consejo Municipal, el presidente, Manuel López del Ángel; escuchó Teodoro, como a las ocho de la noche del 12 de octubre, que Wolstano conminaba a Del Ángel a que saliera de la población para evitar que los masacraran, pero éste no hizo caso, le contestó a quien lo antecedió en el cargo que no iba a abandonar su puesto y que iba a defender el palacio a como diera lugar. Tanto Del Ángel, como el secretario del ayuntamiento, vivían en la casa de Wolstano, ubicada en la esquina de Cuauhtémoc y Héroes, donde ahora se encuentra el Hotel Posada Oliver.

El miércoles 14, le llegó a Del Ángel un mensaje en el que le advertían que cuando se cumpliera el novenario del incendio de la iglesia, lo que sucedería en tres días, el sábado 17 de octubre, iban a quemarlo a él junto con todos los que trabajaban en palacio, por lo que lo conminaban a abandonar la población junto con ellos, pero tampoco hizo caso.

Llegó el día señalado y como a las tres de la madrugada se comenzaron a escuchar disparos de arma de fuego acompañados de gritos de "Viva Cristo Rey" y "Viva la Virgen de Guadalupe".

Durante la noche anterior, el viernes 16, el presidente y sus colaboradores se apertrecharon en el interior de sus oficinas en el palacio municipal, juntaron, armas, municiones y víveres y se prepararon para repeler cualquier agresión armada de los que los habían amenazado. Al medio día del 17 el fuego había arreciado tanto por parte de los que estaban afuera como de los que se defendían en el interior.

Como a las dos de la tarde, dos mujeres que tenían su puesto en el mercado y curiosamente se llamaban Adela, ambas, una apellidada Cortés y la otra Armas, tomaron una bandera blanca y se acercaron a palacio para gritarle a sus ocupantes que se rindieran; pero estos, una vez más, no hicieron caso. Su suerte, en consecuencia, era previsible ante la falta de apoyo estatal o federal, debido a que en esos días los caminos eran simples brechas y los soldados que estaban acuartelados en Teziutlán iban a tardar en llegar.

El techo de palacio estaba hecho a base de tejas y éstas comenzaron a volar debido a los disparos que las impactaban. Como a las seis de la tarde, algunos de los sitiados empezaron a salir por el tejado de la escuela José María Morelos y Pavón, que hoy se llama Héroes y que está pegada a palacio. Los agresores se dieron cuenta y comenzaron a escucharse gritos de "que no escapen". Uno de los miembros del ayuntamiento había conseguido escapar y había llegado corriendo hasta el Hotel del Rivero, localizado en la esquina de Ferrer y Cuauhtémoc, pero lo vio uno de los que acosaban el lugar, puso la rodilla en tierra y apuntó su fusil. El disparo fue certero. El que escapaba quedó tendido en la calle frente al hotel.



**HABÍA ENTONCES UNA CASITA** en el lugar que ahora ocupa la segunda torre.



**INTERIOR ACTUAL** de la parroquia

La falta de disparos de respuesta del interior del palacio hizo pensar a los de afuera que el parque se les había acabado. Los que todavía estaban adentro se estaban ahogando porque en la planta alta del edificio, donde estaban atrapados, quemaban Chile seco, para obligarlos a salir.

Por la noche, ninguno de los ocupantes estaba con vida y los que habían alcanzado a escapar fueron cazados en alguna de las calles que rodeaban el palacio, así que por todas partes había cadáveres regados. La venganza fue brutal. A muchos los quemaron, como respuesta a la quemazón de santos que estos habían hecho nueve días antes.



**VISTA AÉREA DE LA PARROQUIA** de la Asunción, en la actualidad.

Un jovencito que se llamaba Fernando Ceceña Pardo era notificador y tenía días de no ir a su trabajo en el ayuntamiento porque andaba en las congregaciones cumpliendo con su encomienda. Así que regresó y lo agarraron, le rociaron la ropa con petróleo y gasolina y estuvieron a punto de quemarlo, pero algunas personas se apiadaron de él y abogaron porque se le perdonara la vida. Fue así como Fernando se salvó.

Pedro Cuellar no tuvo esa suerte, simplemente asomó la cabeza por un descanso de las escaleras y de inmediato una bala en la cabeza le quitó la vida. Otro, cuñado del presidente del que sólo se sabe que se llamaba Raúl, brincó el barandal interno de palacio para caer en el patio, para escapar, y los acompañantes del presidente le dispararon por la espalda. Ahí quedó muerto.

Por la noche del sábado, había muchos que buscaban asilo en casa de algún amigo o familiar. Todos sabían que las fuerzas armadas llegarían en cualquier momento y se esperaba otra matanza.

El domingo 18, el día amaneció húmedo y con neblina, además de una llovizna ligera. Los cuerpos de los ajusticiados todavía estaban tendidos en las calles. Dice Teodoro Flores que quien se desempeñaba como Juez Auxiliar de Sección era un músico de nombre Octaviano Sánchez al que le decían "Tavito", porque era muy bajo de estatura. Éste tenía un pequeño negocio que se localizaba en la esquina de las calles de Llave y Valdez, por el rumbo de la plazuela y que gracias a que Tavito hizo el levantamiento de las actas respectivas, consignando el lugar en que había encontrado tal o cual cuerpo y el nombre en vida del mismo, fue que como a las dos ó tres de la tarde empezaron a llevarse a los difuntos; los echaban a la plataforma de un camión y al parecer se los estaban llevando a la capital del estado.

Como a las ocho de la noche del lunes 19 se escuchó el sonido de la trompeta de los soldados, que anunciaba que entraban a la población por la Y Griega, por Itzapa y, según el mismo Teodoro, los que habían organizado la persecución y asesinato de los miembros del ayuntamiento comenzaron a escapar. Identifica, entre estos, a Eladio González; Ignacio Viveros, alias El Abuelo; Carlos Jiménez, apodado El Hinchao; Salvador Marín y Enrique Servín.

El Abuelo era de Piedras Negras, Coahuila, y por lo tanto se vestía como norteño, con sombrero tejano, saco hecho por un sastre y botines. Éste formaba parte

del Consejo Municipal, pero como se negó a acatar el orden del presidente de quemar santos, fue destituido y cuando comenzó la persecución contra su ex jefe se unió a los que querían acabar con la vida de éste y la de sus colaboradores, como finalmente sucedió. Las fuerzas armadas que entraban por Itzapa eran de dos tipos, federales, comandadas por un capitán y rurales, encabezadas por Carolino Anaya.

Comenzaron a buscar a los autores de la matanza y los fueron aprehendiendo gracias a las denuncias de otros pobladores. Había 20 ó 25 que esperaban a los soldados a los lados de la calle que viene de Itzapa para dispararles, pero el miedo los hizo arrepentirse y se fueron para El Rastrillo, donde alcanzaron a los cabecillas del movimiento. De ahí, alrededor de sesenta personas escaparon hacia el Cerro de Tepantepec, donde acamparon, pero antes del amanecer del martes 20 decidieron desintegrarse para que cada quien escapara como pudiera. Uno de los que sobrevivieron, Daniel Manríquez, llegó con una parte de los sublevados a Paso Real y acampó en Lomas de Arena; ahí los alcanzaron los reforzados que llegaron de San José Acateno y envalentados intentaron enfrentarse a las fuerzas armadas recién llegadas, pero los rurales los interceptaron en San Isidro y volvieron a replegarse jalando con algunos heridos. Huyeron hacia el estado de Puebla en dos direcciones, San José Acateno y Hueytamalco, donde fueron recibidos por algunos correligionarios.

En Tlapacoyan quedó al frente de la presidencia Juan R. López, uno de los agraristas que seguían las órdenes de Adalberto Tejeda y luego se integró otro Consejo Municipal formado por Simón Márquez, Francisco Salas y Enrique Oliver. Estos persiguieron a los que habían participado en la muerte de los integrantes anteriores del ayuntamiento y agarraron a poco menos de cuarenta, se los llevaron a Jalapa y ahí fueron encarcelados y juzgados.

Juan R. López, el presidente impuesto por Tejeda para someter a los hacendados y a los creyentes en algún tipo de religión, sobre todo católica, fue quien ordenó el asesinato de Eulogio Ávila Camacho, el 19 de septiembre de 1932, cuando éste se encontraba en la Congregación de Hidalgo, en Gentiles, acompañando a un amigo que sostenía un litigio por tierras y por agua con pobladores del lugar (Ver Crónica del 7 de octubre de 2013).

Rafael Guízar y Valencia, perseguido por el gobernador Tejeda, nunca más pudo regresar a su diócesis y murió en la Ciudad de México, unos cuantos años después de su visita a El Jobo y a Tlapacoyan, el 6 de junio de 1938, aquejado por diversos problemas de salud. Su cuerpo fue trasladado a Xalapa y cuando lo exhumaron, doce años después, su cadáver estaba intacto, incorrupto, entonces lo sepultaron en la catedral de la ciudad. El 29 de enero de 1995 fue beatificado por Juan Pablo II y el 15 de octubre de 2006 fue canonizado por Benedicto XVI. Curiosamente, el papa que lo nombró Obispo de Veracruz fue Benedicto XV.



**RAFAEL GUÍZAR Y VALENCIA**, de gabardina blanca, durante uno de sus recorridos por el estado de Veracruz

El conflicto entre el gobierno del estado y los religiosos acabó al terminar el gobernador su mandato, quien, por cierto, no quería a Lázaro Cárdenas para presidente y lanzó su propia candidatura por el Partido Comunista Mexicano en 1934. Evidentemente perdió. Los últimos años de Tejeda pasaron sin pena ni gloria. Tuvo el empleo que dan a los políticos que el gobierno quiere fuera del país; Embajador por cortos períodos, en Francia (1935-37), España (1937-39) y Perú (sólo 1942). Sobrevivió 22 años a Guízar y Valencia y murió en la Ciudad de México el 8 de septiembre de 1960.

Pero a Tejeda nadie le recuerda y Guízar y Valencia es venerado en Veracruz y en todo México como santo.